

RESENTIMIENTO Y PERDÓN

Orville Swindoll

Mucha personas han visto alguna vez en la televisión —en algún programa de la red CBN— al protagonista Scott Ross, que tiene su propio programa bajo el nombre «Streets of the World» [Calles del mundo]. En el año 1983 invitamos a Argentina al hermano Scott Ross que había sido pastor en el estado de Nueva York durante muchos años, frente a una hermosa comunidad vibrante. Quiero contarles un incidente que ocurrió durante su visita cuando fuimos juntos en auto de Buenos Aires hasta la ciudad de Rosario.

Ministró allí dos noches en una congregación numerosa con la cual mi señora y yo hemos tenido una relación estrecha desde que se inició en el garaje de un hermano. Hoy esa congregación tiene más de mil quinientos hermanos en comunión y muchas obras en otros pueblos cercanos.

La primera noche, Scott Ross ministró la palabra de Dios en inglés y yo le traduje al español. Dio una hermosa enseñanza bíblica para los cristianos y, al final, dijo que quería orar por los enfermos. Preguntó si alguien tenía un problema con la espalda, pues había estado orando y ayunando ese día y, según me contó después, entendió que Dios le dijo que alguien en la reunión de la noche tendría esa clase de problema.

Inmediatamente, una dama de quizá unos cuarenta años de edad alzó la mano y él la pidió que pasara adelante. Justo en ese momento nos dimos cuenta que solo podía movilizarse con muletas. Cuando vimos que alcanzó con la mano las muletas que estuvieron a su lado en el piso, Scott me dijo: «Esto va a ser interesante». Con mucha dificultad logró pasar hasta que estuvo parada frente a nosotros.

Después de un instante, Scott la preguntó algo que me pareció extraño: «¿Usted tiene resentimiento contra alguien?»

Enseguida comenzó a llorar y respondió que sí. Admitió que estaba resentida contra su padre. No entró en detalles pero siguió sollozando. Scott le dijo:

«Tienes que perdonar a tu padre».

Entre sollozos y lágrimas le contestó que sí, que lo perdonaba.

Entonces Scott extendió la mano y apenas le tocó la frente, cuando ¡se cayó al piso, con muletas y todo!

Naturalmente, todo el mundo quedó maravillado, pero Scott dijo a todos que se calmaran. Por un rato no dijo una palabra más. Cuando alguien se acercó para ayudarla, Scott le dijo que no la tocara. Allí quedamos todos mirando con asombro el cuadro delante de nuestros ojos.

Después de unos instantes, ella misma volvió en sí, se sentó y luego, con dificultad, comenzó a incorporarse. Quedaron las muletas en el piso, a su lado. Una vez que logró estar de pie, comenzó a levantar una pierna y luego la otra, cada vez con más decisión y rapidez, hasta que quedó danzando delante de nosotros.

Como se pueden imaginar, todos nos quedamos admirados.

Siempre es grato ver la maravillosa intervención del Señor en un cuadro de enfermedad o dolor, para aliviar el sufrimiento y devolver la salud a una persona. Pero para mí, la lección que se me grabó en la mente esa noche es el daño que puede producir el resentimiento en la vida de un ser humano.

El diccionario nos dice que el resentimiento es «el sentimiento de desagrado o de indignación ante algún acto, palabra o persona que se considera como causa de una herida u ofensa». He conocido a unas cuantas personas que llevaron por largos años el resentimiento en su corazón contra algún familiar o contra uno que había sido un amigo íntimo. Alguien me trata mal y, como resultado, guardo resentimiento en mi corazón, pensando de qué manera le puedo hacer sufrir por lo que me hizo. O considero que mis padres no me trataron bien o no me dieron las oportunidades que pudieran haberme cambiado la suerte y me quedo resentido por años, sin poder tratarlos con honor ni con amabilidad. Quizá mantengo la fachada, pero adentro estoy enojado con ellos.

Lo que no me doy cuenta es que ese resentimiento dentro de mí me está carcomiendo, me hace mal. La amargura y el resentimiento es capaz de producir enfermedades serias. Provoca, a veces, la mala digestión de alimentos, la imposibilidad de dormir bien y hasta puede producir ataques de asma. Afecta negativamente, también, las relaciones entre unos y otros. Definitivamente, hace daño a la vida espiritual y la relación con el Señor.

En la antigüedad Dios advirtió a su pueblo en contra de una actitud de rencor o resentimiento (Levítico 19:18):

«No seas vengativo con tu prójimo, ni le guardes rencor. Ama a tu prójimo

como a ti mismo. Yo soy el SEÑOR.»

Cristo enseñó sobre esto en Marcos 11:25:

«Cuando estén orando, si tienen algo contra alguien, perdónenlo, para que también su Padre que está en el cielo les perdone a ustedes sus pecados.»

Además, en la oración modelo Jesús enseñó a sus discípulos a orar de la siguiente manera (Lucas 11:4):

«Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos ofenden.»

Si usted tiene problemas con el resentimiento, tome ánimo de esta palabra del apóstol Juan en 1 Juan 1:9, para que se quede libre de todo rencor y amargura:

«Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad.»

A lo mejor, se quedará libre de esa aflicción o renquera de muchos años. Recuerde la dama de la ciudad de Rosario. Menos mal que Dios no guarda rencor contra nosotros por todas nuestras ofensas contra él.

Hermanos, vivamos libres de todo resentimiento, rencor y amargura, en el nombre de Cristo.